PRIMICIAS LITERARIAS

(Artículos publicados el año de 1877)

La literatura huguiano-mexicana.

Sea por un lamentable defecto de nuestro carácter, sea por una predestinacion fatal de nuestra historia, es el caso que México ha sufrido siempre el yugo de algun dominio extranjero, ya en el órden administrativo y político, ya en el intelectual y literario, sin que hasta la fecha haya logrado romper las cadenas de semejante esclavitud.

Hoy, por ejemplo, contrayéndome á la esfera literaria, es tal la influencia que los admiradores y discípulos de Víctor Hugo están ejerciendo y desarrollando en nuestra infantil literatura, que si no se le corta el vuelo á tiempo, podría ser orígen de funestas consecuencias, más tarde acaso de penosa y difícil extirpacion.

Luego de haber llegado la literatura española á su mayor encumbramiento, merced á la lozana espontaneidad y al vigoroso empuje que le comunicaron los Lope de Vega y los Cer-

vántes, principió á descender con pasmosa rapidez, al finalizar el siglo XVII, por la peregrina idea que tuvieron José de Zamora y José de Cañizares, de imitar la artificiosa literatura francesa de aquella época, siguiendo al mismo tiempo las huellas de sus predecesores y amoldándose principalmente á los preceptos y valentías de la escuela calderoniana, susceptible como ninguna, de trocarse en afectada, gongórica y pedantesca.

Lo mismo sucede ahora con los imitadores de Víctor Hugo, quienes, pretendiendo crear una escuela literaria nacional, buscan y rastrean su arquetipo y modelo, no en las cualidades peculiares del carácter mexicano, no en las costumbres é ideas de nuestra sociedad, y no finalmente en la belleza física de nuestra patria; sino en las producciones jigantescas de un hombre singular, extraño y maravilloso, que ha reflejado en sus obras una cultura que difiere bastante de la nuestra.

Siempre que se quieran imponer á un pueblo principios que repugnen á sus hábitos sociales, á su modo de ser, á sus cualidades características, como pueblo distinto de los otros pueblos, se tropezará indefectiblemente con dificultades casi insuperables; pues hay que tener en cuenta que las naciones representan en la humanidad el mismo papel que los individuos en la sociedad: cada una tiene su carácter propio, sus elementos especiales de riqueza y su mision particular que cumplir en el desarrollo histórico del linaje humano. Por esta razon, cada pueblo imprime á todas sus obras, á todas las manifestaciones de su cultura y de su vida, el sello exclusivo y propio de su carácter peculiar. Y así como las obras de un hombre aislado reciben el epíteto de originales, cuando retratan fielmente su individualidad, así tambien las obras de una nacion (individuo colectivo), adquieren la misma denominacion, cuando pintan con exactitud su fisonomía moral y sus hábitos, preocupaciones, tendencias y pensamientos.

A conseguir esta originalidad, que suele ser el orgullo de las naciones, deben tender los esfuerzos de todos los que anhelan y suspiran por una literatura nacional y castiza. En México se practica, vice-versa, el diametralmente opuesto y antípoda sistema, con la contínua introduccion de elementos disolventes y desorganizadores, que terminarán por reducir nuestra literatura á una informe y heterogénea agrupacion de fragmentos y símiles, de todas las literaturas habidas y por haber.

Y en esta empresa de ruina y descomposicion se llevan indudablemente la palma los acérrimos imitadores de Víctor Hugo, á quienes aplicó el satírico mexicano Joaquin Téllez, el picante epigrama siguiente:

Himnario de un amor que me constela,
mónstruo de luz, alveólo sideral,
niágara etéreo, fúlgido aromal,
que entre mil soles en mi frente riela,
desde que al génio y á los dioses plugo....
—¿Qué está diciendo este inspirado vate?
¿Se le ha agriado la cena, el chocolate?
—No, señor, se le ha agriado Víctor Hugo.

Hago fervientes votos por que no nos caiga semejante calamidad á todos y por que sus víctimas actuales vuelvan sobre sus pasos y recuperen el juicio.

La literatura germano-mexicana.

Otra de las más notables fases de la embrionaria literatura mexicana, es la representada por el espíritu germánico que varios de nuestros hombres de pluma pretenden infundirle. Y aunque esta nueva tendencia no ha producido hasta ahora tan

perjudiciales frutos como la huguiana de que hablé en mi artículo anterior, ni es susceptible tampoco de producirlos, tuerce y desvirtúa, no obstante, la originalidad pátria que debe tener toda literatura, para llenar su objeto artístico y civilizador.

En el periódico literario intitulado *El Renacimiento*, que bajo la direccion del célebre escritor D. Ignacio Manuel Altamirano, vió la luz en México, durante el año de 1869, publicó D. José Sebastian Segura muchas traducciones de Schiller y de Krummacher. En ellas no manifestó ostensiblemente ningun propósito de que nuestras letras siguiesen el hilo de las alemanas; sino que, por el contrario, supo conservar á la diccion castellana toda la gallardía y hermosura que le son peculiares. Despues de él, algunos otros literatos han traducido tambien diversas producciones de autores alemanes, siendo digno de especial mencion mi buen amigo Clemente Villaseñor, por el gusto clásico que trasciende de las que incluyó en su por varios títulos apreciable coleccion de poesías.

En todo esto no se descubren aún designios palpables de imitar ó parodiar la literatura de Alemania; sino únicamente simpatías individuales por determinados escritores germánicos. Pero acertó el gran poeta sevillano Gustavo Adolfo Becquer, por virtud de su orígen aleman, á sentir y á pensar de la manera especial y nebulosa de los compatriotas de Goethe, y, siendo él un altísimo ingenio, á crear una escuela poética, semejante á la de Heine, eminentemente sujetiva, fantástica, romancesca, y concisa y lacónica en el estilo. Su inimitable ternura, su dulcísima languidez, la profundidad de sus pensamientos, la brillantez de sus imágenes, y sobre todo la inmanencia, por expresarme así, de sus producciones, arrebataron fácilmente la admiracion y el entusiasmo de sus lectores, muchos de los cuales se volvieron luego prosélitos suyos.

El inteligente é instruido literato Sr. Manuel de Olaguíbel fué

uno de los primeros que escribieron en México sobre tan inspirado poeta. En *El Artista*, periódico literario ilustrado, que dirigieron hábilmente los Sres. Jorge Hammeken y Mexía y Juan M. Villela, publicó un extenso juicio crítico sobre las *Rimas* del moderno *cisne sevillano*, interpolando algunas de las mejores y rindiendo justo tributo de admiracion al génio del poeta. Ha publicado tambien el Sr. Olaguíbel varias composiciones propias, de carácter aleman, y varias traducciones de la misma índole.

Y se ha hecho de moda el ser becqueriano. En la Capital y por todos los ámbitos de la República han brotado legiones de imitadores de Becquer, creyendo, sin duda, que para imitarle, basta zurcir versos largos con cortos, sin rima ni consonante.

No hay periodiquin que no dé á luz con frecuencia, composiciones de esta laya. Y hasta se ha llegado á organizar sociedades literarias, diz que con el exclusivo objeto de estudiar á fondo las obras del egregio bardo, para beberle los alientos é imitarle más á derechas y sin ambajes.

Por supuesto que Becquer, si viviera, renegaría de toda la casta de sus imitadores.

Los patos á las escopetas.

Algun escritor aleman ha dicho que mi sistema es exclusivista, antipatriótico, acumulador de obstáculos, estancador de la cultura, enemigo de la libertad y de la ilustracion, y quién sabe cuántas otras cosas que, á ser ciertas, me horrorizarían, obligándome á hacer penitencia, para purgar tan nefandos pecados. Pero, por dicha, todo ello es de todo punto falso. Solamente estorcionando mis pobres artículos, torturándoles el sen-

tido y pasándolos por el retorcido alambique de la parcialidad, se les puede encontrar como resíduo semejantes móviles ó designios.

Yo he venido sosteniendo que cada pueblo tiene su carácter propio, sus elementos especiales de riqueza y su mision particular que cumplir en el desarrollo histórico de la humanidad. Que cada nacion debe tener su literatura espontánea y original, reflejo fiel de su carácter y representacion artística de su cultura. De esto á opinar por que nos encerremos dentro de muros chinescos, hay mucha diferencia. Entre sostener que toda literatura imitativa es híbrida y parásita, y sostener que no debemos admitir en nuestro seno culturas extranjeras, média una distancia inmensa, por no decir inconmensurable. Y entre paréntesis, lo que hacían en Fenicia con Belial y en México con Huitzilopochtli, y lo que deben hacer los buenos cristianos ante semejantes abominaciones, nada tiene que ver en asuntos donde la fé dogmática, si cabe, es un absurdo piramidal.

Los cuerpos reciben todos los rayos luminosos, pero no emiten ó devuelven más que algunos. Esta es ley universal. Las naciones serán capaces de absorber todas las culturas del mundo, pero no podrán evidentemente hacerlas florecer á todas. Un cuerpo verde no puede ser jamas por naturaleza rojo: sólo obligándolo artificialmente matizará su superficie de este color. Lo propio pasa con las naciones: la que es agrícola no puede ser industrial; la que es epigramática y festiva, no puede ser grave y profunda.

Francia, Inglaterra, Alemania, España, Italia y casi todas las naciones del mundo tienen su literatura castiza, idónea y original. Yo quiero que México tenga tambien la suya y que en lugar de llamarse germano-mexicana, por ejemplo, se llame de una manera exclusiva, absoluta, única: MEXICANA.

El cielo de nuestra patria es puro, limpio, sereno; debemos

suponerlo eternamente entoldado por grises y plomizas nieblas: su clima es templado ó tropical; debemos imaginar que la escarcha tapiza nuestros campos y gotea de sus árboles: su vegetacion es exuberante y bella; debemos convertirla ficticiamente en cenicienta y raquítica. Es preciso fingirnos la ilusion de que silva en las vidrieras de colores de nuestros góticos castillos el helado cierzo del septentrion; que los buhos graznan en los agudos tejados de nuestros albergues; que la lumbre chisporrotea en nuestras indispensables estufas, y que el cuerpo y los piés y la cabeza, los tenemos confortablemente envueltos por espesas pieles. ¿Por qué no hacerlo? La poesía es hija de la imaginacion, y ésta no está sujeta á ningun género de leyes: puede ver lo que no ve y cantar lo que no la impresiona.

Nuestro organismo funciona en determinadas condiciones topográficas y climatéricas; pues, no importa; obliguémosle á que funcione como si estuviera sumergido en una atmósfera á 0 grados, ó finjámonos habitando en la cumbre del Ixtacíhuatl, á donde es imposible subir, ya que de imposibles se trata. Es cierto que el organismo humano no es hijo de la imaginacion, como la poesía; pero ¡qué le hace! ¿Dónde hay imposibles para el hombre? ¿Dónde los hay?

Todo esto nos haría perder nuestro carácter nacional; mas en cambio ¡qué gloria! ¡qué espléndida corona para nuestras sienes! Los venerandos manes de Schiller y de Goethe, de Hoffmann y de Becquer, sonreirían satisfechos en el lúgubre silencio de sus marmóreas tumbas.

Yo quiero que entre todas las naciones haya libre y recíproco cambio de cultura, no invasiones *á forciori;* que el comercio intelectual y material no tenga trabas, y que cada pueblo, funcionando en su órbita, cumpla su mision histórica. Esto no es exclusivismo. ¡El libre-cambio proteccionista! ¡Qué sarcasmo! Exclusivismo es pretender que la literatura alemana infiltre su

espíritu en la nuestra, maniatando la libre inspiracion de nuestros poetas y convirtiéndolos en infecundos copiadores. Exclusivismo es ambicionar que todo el orbe se prosterne admirado, ante el gran encumbramiento literario de Alemania, tratando de llegar á su altura, para que un dia se pueda exclamar: ¡el espíritu germánico invade todo el universo! Exclusivismo, finalmente, es querer despojarnos de nuestros hábitos, de nuestros sentimientos, de nuestra historia, de nuestro carácter, y hacernos otros que somos, ó voltearnos al reves, con el pérfido intento de convertirnos en ridículos planetas ó satélites, de un sol que para nosotros está nublado.

Los últimos momentos de Cristóbal Colon.

El domingo próximo pasado se puso en escena por primera vez, en el Teatro Principal, la composicion dramática en un acto que lleva por título el que encabeza estas líneas. Su autor, el jóven é inspirado poeta mexicano D. Juan de Dios Peza, la llama con mucho acierto *fantasía dramática;* porque, careciendo, efectivamente, de todos los requisitos de un drama, digno de este nombre, no es sino un cuadro escénico, una alegoría lírico-dramática, que dibuja con poéticos matices los postreros instantes del más ilustre de los genoveses.

La accion pasa en Valladolid, residencia á la sazon de la córte de Castilla. Comienza en la calle en que vive Colon por tres escenas entre varios individuos del pueblo y Fray Mendo Jiménez, que sólo tienen por objeto mostrar el prestigio y fama del navegante en las masas populares, y acentuar el abatimiento

y tristeza que despues se ven en el aposento del infortunado descubridor del Nuevo Mundo, con el regocijo que inunda los corazones de aquellas pobres gentes, á causa del próximo matrimonio de Ruy Pérez y la gallarda Inés. Retíranse alborozados estos humildes personajes, miéntras Fray Mendo va á llamar á la puerta de la modesta casa de Cristóbal Colon, á donde tiene por costumbre ir todos los dias. Varía la decoracion escénica y aparece una humilde estancia que revela ser, por algunos planos y esferas que hay en ella, el último asilo que cobijó en la tierra al loco sublime del siglo XV. Gil, antiguo servidor de Colon, y compañero suyo en todas sus célebres expediciones, recibe cortesmente al venerable prelado, á quien refiere el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Hé aquí algunos de los versos de su narracion:

Sereno el horizonte, manso el viento,
el cielo siempre azul, la mar en calma,
tuvimos bajo el ancho firmamento,
risueño el rostro y satisfecha el alma.
Mas una noche ¡la recuerdo tanto!
se desató la tempestad, y el cielo
tornóse negro y nos llenó de espanto,
tornóse airado y nos llenó de duelo.
Las olas.... ¡con qué furia al levantarse
azotaron la débil barca mía!
Llegó el mismo Colon á arrodillarse
creyendo que su empresa se perdía.
Los marinos, creyéndose perdidos,
y desconfiando de Colon, llegaron
á maldecirle, en medio de gemidos....
y todos, ménos yo, le amenazaron.
"Tú nos has engañado, tú nos llevas
á perecer en el infierno mismo:
en vez de que encontremos tierras nuevas
nos llevas hasta el fondo del abismo."

Y aquella turba audaz y aventurera,
insultando á su jefe de mil modos,
gritó ¡muera Colon! y al punto ¡muera!
llenos de rabia repitieron todos.
Colon sereno levantó la mano,
y buscando de Dios la santa huella,
sintió volver la paz al oceano.
"Mirad," les dijo, y señaló una estrella.

FR. MENDO. ¡La estrella de la paz!

GIL. Sí, pues callaba
el rumor de las olas imponente:
y cuando ya la mar tranquila estaba
surgió un globo de fuego en el Oriente.

Al terminar Gil la descripcion del descubrimiento de la Isla de San Salvador, entra en escena Luis Pinzon, nieto de Alonzo Pinzon, ex-capitan de la carabela *La Pinta*, solicitando una conferencia con Cristóbal Colon. Se presenta éste, á poco, achacoso y encorvado por los años, con ayuda de su fiel servidor Gil. Recae el diálogo en breve sobre el estado miserable de Colon, quien dice:

Gil.... tengo hambre,

GIL (*conmovido*). Señor, hace diez horas
no hay lumbre en el hogar, ni pan tenemos....

COLON Pero, vamos ¿qué tienes?....¿Lloras?....¿Lloras?....
Puesto que no hay ni pan....no comeremos....

Despues de una escena en que se trata de la ingratitud de los monarcas de Castilla hácia Colon, de los méritos y talentos de éste, y de las aflixiones que le amargan sus últimos momentos, entra Fray López de Hernández, que profiere los versos que siguen:

Al rey, señor, juzgarlo no me toca,
pues á juzgar al rey nadie se atreve;
pero olvidad las frases de mi boca....
¡El rey no se ha portado como debe!

Fernando el Católico no había querido recibir al enviado de Colon. Principia en seguida la agonía de éste, que termina, tras fatigoso delirio, con su muerte. Dando apénas lugar á la consternacion de los circunstantes, aparece un enviado del rey, que trae de su parte un bolsillo de oro para Cristóbal Colon. Gil rechaza con altanera dignidad la limosna y exclama colérico:

¡Ah! cuán ruin es el afan
de un rey ingrato é inexperto,
que entre los labios de un muerto
pone un pedazo de pan.
Colon, los reyes dirán,
murió de hambre y de aflixion;
mas del mundo en la extension,
do su gloria se derrama,
no habrá un rey en gloria y fama
como Cristóbal Colon.
Volved al rey el tesoro
que en vida á Colon negó;
ni él lo aceptára, ni yo
cometeré tal desdoro.
Si el rey con un poco de oro
paga un favor sin segundo,
ese desprecio profundo
mancha de su trono el brillo,
puesto que con un bolsillo
no se paga el Nuevo Mundo.
Sepa el rey, que en la futura
edad, y bajo otras leyes,
postrados verán los reyes
de Colon la sepultura.
De su gloria, siempre pura,
irán los siglos en pos;
entre tanto, marchad vos
á decir al rey mil veces
que Colon tiene por jueces
á la Humanidad y á Dios.

Tal es el argumento de la produccion poética del Sr. Peza. Sin enredo de ningun género, sin choque de pasiones, sin accion propiamente dicha, sin nada en fin de lo que constituye una pieza dramática, se presenta al crisol de la crítica, como una apología teatral de aquel hombre extraordinario, que, despues de haber colocado en el áureo cetro de los reyes de Castilla, su joya más brillante, arrastró vida de mendigo y murió en la miseria, olvidado de todos.

La versificacion de la obra es fluida, aunque incorrecta; los caractéres se sostienen, á pesar de la fugacidad con que aparecen, y la enseñanza que se desprende naturalmente, es esta: sobre los juicios humanos está la justicia de Dios.

Las siete palabras de María.

Con este título se acaba de publicar un pequeño poema bíblico, obra del Sr. José María Rivera. El público le ha recibido favorablemente y con halagüeño aplauso.

No entraré yo en la consideracion de si su autor hizo bien ó mal en aplicar su inspiracion á un asunto religioso, ni en la de si es útil ó nó el parafrasear los pasajes más ó ménos notables de ámbos Testamentos. Cuestiones son estas que, sobre interesar muy poco á la crítica, nada dicen en pró ni en contra de la obra con cuyo motivo se ventilen. Tampoco me preocupará la índole ascética del poema, porque esto no impide que contenga bellezas poéticas, dignas de cita y de alabanza. La literatura mística no levanta eco ni sensacion agradable en muchos individuos, mal gobernados por equívoco sentimiento de liberalismo, que no comprenden la poca ó ninguna intimidad entre las cuestiones puramente literarias y las creencias ó convicciones que

cada cual abrigue, respecto de la Divinidad y de sus relaciones con el mundo.

El poema del Sr. Rivera, prescindiendo de todo esto, es muy bello. Campean en él las galas de una imaginacion fresca y ardiente, empapada en los giros y tropos especiales y primitivos de la Biblia; el libro de los libros, el arca ó ánfora de la sabiduría, la palabra de Jehová para los creyentes. El Sr. Rivera, ademas, da pruebas de tener buen gusto y de conocer bastante el idioma.

Como una muestra de la belleza de su estilo, copio en seguida algunas redondillas, perfumadas de uncion mística, que arranca á su tierna cítara la milagrosa concepcion de María:

La Vírgen ha concebido
en su vientre virginal,
pero su níveo cendal
su blancura no ha perdido.
Así la luz de un lucero
penetra en la fuente pura,
y entre la linfa fulgura
sin enturbiar su venero:
Así en nube vaporosa,
formando arco de primores,
penetra en siete colores
del íris la luz preciosa:
Así en el límpido espejo
el sol su imágen retrata,
sin que en el fondo de plata
quede impresion del reflejo:
Y no se enturbia la fuente
ni el terso cristal se empaña,
ni la pureza se daña,
de la nube refulgente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Ni compararse debía
la nube, espejo y venero,
el íris, sol y lucero
con el Verbo y con María.

El poema se desliza, en suma, como cristalino arroyo que serpea y murmura, entre olorosas y matizadas flores.

Ojalá escriba muchos poemas semejantes el Sr. Rivera.

Literatura doméstica.

Si no recuerdo mal, el Sr. Lic. Manuel de Olaguíbel publicó, hace años, en el folletin de *El Siglo XIX*, una coleccion de artículos, entre los cuales hay uno intitulado *Literatura del hogar*. En él encarece el Sr. Olaguíbel la conveniencia de que se implante en México la costumbre alemana de leer en familia, en las largas veladas del invierno, algunas obras de amena literatura, adecuadas á la inteligencia y solaz de la gente sencilla.

Fructífero en extremo sería este sistema, y mucho más si se estableciera un género literario, que bajo una forma ligera, al alcance de todo linaje de lectores, encerrara útiles enseñanzas en todos los ramos del saber humano, para la práctica comun de la vida. Esto ha dado ya magníficos resultados en Inglaterra, donde, merced á la *Revista de Edimburgo*, escrita en el estilo á que me refiero, se han difundido brevemente en las masas populares, diversos conocimientos científicos, principalmente sociales y económicos. Tambien en Francia y en los Estados Unidos se ha efectuado una cosa parecida, con varias publicaciones de igual naturaleza, que han llevado la luz de la ilustracion á los modestos hogares del gañan y del obrero. Lo

que han hecho Walter Scott con la novela histórica y Julio Verne con la novela científica, es fácil que se logre con la literatura doméstica ó de la familia.

Es problema resuelto por todos los pensadores de la tierra, que la base de la cultura estriba en la instruccion que se dé á las clases todas de la sociedad; de tal suerte, que aquel pueblo será más civilizado, que tenga mayor difusion de conocimientos en mayor número de individuos. No se quiere decir con esto que para que un pueblo sea culto deban ser sabios todos sus miembros, lo que sería irrealizable; sino que el mayor número posible de luces se difunda en el mayor número posible de habitantes, aunque se pierda en profundidad lo que se gane en superficie. Sucede con la civilizacion lo que con la propiedad y el capital: la verdadera riqueza consiste, no en su acumulacion y concentracion, sino en su profusion y fraccionamiento.

Ahora bien; es una verdad incontrovertible que en México, no sólo el mayor número de habitantes no es civilizado, sino que el menor que lo es, está en una relacion desproporcionadísima con el mayor que no lo es. De donde se deduce que nuestra patria está todavía muy distante de alcanzar mediana altura siquiera en la infinita escala del perfeccionamiento humano. Y es necesario, por lo tanto, llevar la luz de la civilizacion á nuestras clases proletarias, por cuantos medios se tengan á la mano; usando para ello de los recursos que proporcionan la escuela, el libro, el periódico y la palabra, y tratando de abreviar el término en que nuestras gentes del pueblo lleguen á poseer los más rudimentarios conocimientos á la mediana inteligencia de sus deberes y derechos, como hombres y como ciudadanos de la República. Dice Payne que los pueblos serán libres cuando cada ciudadano lleve una Constitucion en el bolsillo. Y si la lleva será porque la entiende; de otra manera, sería un estorbo inútil.

Los trascendentales y hermosos principios emanados como consecuencia precisa de nuestra guerra de Reforma, nos han elevado á considerable y culminante altura en la esfera de la especulacion y la teoría; pero no estando aún al alcance de todos los individuos que forman nuestro pueblo, se han convertido por razon natural en verdadera letra muerta. Pues nadie negará que para el adelantamiento y felicidad de una nacion, es indispensable que su grado de cultura esté en armonía con la bondad de sus leyes y con la excelencia de su régimen de gobierno. De lo contrario, como observa Arhens, se produce un desequilibrio no pocas veces ocasionador de turbulencias y motines. Así, por ejemplo, se han eslabonado revoluciones tras revoluciones en México, en las repúblicas centro-americanas y en algunas de las del Sur del continente. Y miéntras nuestro pueblo no comprenda la trascendencia y valor de los principios gubernativos que le rigen, será por demas todo lujo de fuerza y de represion, y seguirá manteniéndose la lucha, ya latente, ya manifiesta.

Preciso es, en consecuencia, ilustrarle, no dejando todo el peso de esta obligacion al gobierno, que falto de recursos y distraído por múltiples atenciones de su resorte, no puede llenarla con la eficacia y solicitud indispensables.

El género literario á que he dado el nombre de doméstico, por no haber hallado otro más á propósito, es muy susceptible de prestar ayuda poderosísima, en la patriótica empresa de impartir los beneficios de la ilustracion á nuestro pueblo, hoy hundido en el antro tenebroso del vicio y la ignorancia.

Entre dos deberes.

El dia 9 del presente mes, por la noche, se estrenó en el Teatro Principal, el drama en tres actos y en verso, cuyo título va en el epígrafe, del jóven poeta jalisciense Ignacio Herrera de Leon, que tuvo el gusto de ser aplaudido.

La accion principia en un jardin situado al frente de una casa de Tacubaya. Conduélense María y Clotilde de que el anciano y ciego padre de la primera, ignore un desliz que ha tenido. Sobreviene el aludido, Andrés de nombre; cambia algunas frases de cariño con su hija y se aflige al considerar la orfandad en que la dejara cuando muera; retirándose luego todos tres á tomar el desayuno, pues comienza apénas á clarear el alba. Acto contínuo, entran Alberto y su sirviente Paco, departiendo sobre los proyectos que aquel fragua para seducir á María, cuyos encantos le traen fuera de sí. Despacha á Paco á vigilar la puerta de la casa, ordenándole le avise con palmadas si sale otra persona que no sea la que adora, miéntras él se esconde tras unos arbustos, en espera de algun acontecimiento que confirme el éxito de su empresa ó le indique la nueva ruta que debe seguir para el completo logro de sus planes.

Hace Paco la señal y exclama Alberto irritado:

¡La señal! ¡La señal! ¡Señal odiada!
¡Señal mil veces para mí maldita!
Esa señal me quita
lo que debe gozar. (*Se oye otra palmada*).
¡Otra palmada!
Ya bajan la escalera.
Huyamos. Pero no ¡cobarde fuera!
Aquí me ocultaré. (*señalando el ramaje*).
Dentro de poco,
la diré que mi pecho es una hoguera,
la diré que de amor me vuelvo loco.